

# Escribe CARLOS ESPLÁ

Corresponsal Permanente de NOTICIAS GRAFICAS en Paris

**PARIS, abril 8 de 1939.** — (Por avión). — En otro tiempo, hasta hace bien poco, todos los jueves, a las doce en punto de la mañana, se celebraba en París una curiosa ceremonia: un artillero de museo disparaba el pequeño cañón del Palais Royal, que es, también, un cañón de museo. El estampido apenas asustaba a los pájaros del jardín, y se ahogaba en seguida en el bullicio cercano de la avenida de la Opera. Después del disparo, bajo las archedas centrales del Palais Royal se apretaba otra vez el silencio, que inundaba las viviendas burguesas asomadas a la ilustre plaza del Palacio. Ignoro qué vieja costumbre perpetuaba ese inofensivo cañonazo semanal. Al parecer, se trataba de dar la hora con exactitud, una vez cada siete días. Era como si dijéramos un reloj de ruido. Pero el viejo cañoncito del Palais Royal no lanza ya su hebdomadario estornudo de pólvora. Se le ha escapado, por lo visto, su cuclillo explosivo de los jueves.

Las costumbres han cambiado. Ahora, los jueves, a las doce, sobre la inmensidad urbana de París se extiende un siniestro concierto: las 188 sirenas de alarma ensayan sus voces, sus ronquidos, sus notas graves y sostenidas, sus formidables aullidos que anuncian peligro. Son, casi las mismas sirenas de Madrid, de Valencia, de Barcelona, e instintivamente levanta uno la vista al cielo gris de París en busca del avión invisible, y prepara los nervios para recibir la descarga rápida de las bombas. En París, sin embargo, no hay peligro, por ahora. Sólo hay anuncio. Durante el angustioso y breve concierto, la vida de la ciudad no se interrumpe. Más bien se anima y hasta se alegra, con un poco de inconsciencia, quizás. Al siniestro ruido de las sirenas se unen todos los demás ruidos de la ciudad en plena

## Cada Jueves las 188 Sirenas de París Dan su Aullido de Alarma

agitación del mediodía. Pitos, bocinas, campanas "claxones" amplían con su estridencia —por orden de la autoridad— la señal de falsa alarma, metiéndola hasta el lugar más recóndito y silencioso. Todo cuanto sirve para hacer ruido en París, suena, vibra, chilla, golpea, se desgajita durante un instante. Por poco, se pondría la gente a cantar, ya que en París todo debe terminar en canciones.

Pero la gente no concede una importancia extraordinaria a esa alarma fingida. Sabe que sólo se trata de un ensayo para comprobar el buen funcionamiento del servicio. El día que vengan aviones de verdad, las 188 sirenas funcionarán a la maravilla y entonces su sonido se parecerá más todavía al de las trágicas sirenas de las ciudades españolas martirizadas.

\*\*\*  
Puede ser también jueves o cualquier otro día de la semana cuando el buen francés anónimo, al llegar a su casa, reciba en un sobre misterioso las instrucciones de la Prefectura para "en caso de bombardeo aéreo". Entonces, ¿la cosa va en serio? Las instrucciones dejan al buen francés un poco desconcertado. ¿Tendrá que bajar a la bodega desde su quinto piso o marchar al túnel próximo del "metro"? ¿No le caerá la casa encima? ¿Todos son peligros y complicaciones!... Otro día ve a la puerta de su casa un montoncito de arena del Sena. La portera debe extenderla sobre el plano más alto de la casa para evitar los efectos de las bombas incendiarias. La cosa se va poniendo seria... Más tarde, otro papelito oficial le dirá cómo debe hacerse la evacuación de la población civil de París, hacia qué departamentos más seguros, al parecer, deben dirigirse las mujeres, los niños, los ancianos. Y, finalmente, habrá de ir a recoger a la comisaría su máscara contra gases... El buen parisiense carga con aquel monstruoso adminículo, que le preservará de los gases, pero que va impregnándolo de las más tristes preocupaciones... "Mais, voyons!... Tout de même!"...

\*\*\*  
Y así, una semana tras otra, un jueves tras otro, un aviso tras otro, el francés anónimo va haciéndose a la idea de la guerra próxima.

El ensayo general acaba por hacerse "con todo". No sólo con ruido, como hasta ahora, sino con vestuario, maquinaria y hasta víctimas. El apuntador está lejos, hacia el Este, más allá del Rin, o más al Sur, casi en medio del Mediterráneo. La radio trae, de vez en cuando, su voz cargada de amenazas y retos.

\*\*\*  
Ya en septiembre, en aquellos cinco días de angustia, el telón estuvo a punto de levantarse sobre el drama real. Partían los mortilizados por la estación del Este, lo

mismo que el año 14, pero sin flor en el fusil ni canciones; sin un grito, sin una vacilación, con amarga decisión, con lágrimas de verdad, lágrimas de despedida. Todos sabían lo que iba a ser, de feroces y espantosa, la guerra. Nadie faltó a su deber. París se vaciaba por las estaciones y perdía, de noche, el hechizo de sus luces. París, a oscuras, esperaba.

Aquella espera trágica explica el júbilo con que recibió a los mensajeros de Munich. Lucieron otra vez las iluminaciones nocturnas y sonrió nuevamente la alegría de reír. Pero el jueves siguiente, a mediodía en punto, sonaron, como antes, las sirenas, más en falso que nunca, con más fingido acento en su anuncio de alarma ya pasada.

CARLOS ESPLÁ

A?B/C!E.

SIG.: 1.2d/983